

Populismo, sociedad civil y espacio público

ALBERTO J. OLVERA

Los estudios sobre el populismo contemporáneo o neopopulismo han proliferado en las dos últimas décadas.¹ Como este libro demuestra, la investigación ha avanzado en el sentido de dar al concepto de populismo un uso empírico más restringido y concreto, en un esfuerzo colectivo por controlar la vaguedad conceptual implícita en la masificación de su uso.²

Similar trayectoria han seguido otros conceptos de la ciencia política, siempre sujetos a un cierto grado de ambigüedad respecto de sus alcances heurísticos. Recordemos los debates sobre el concepto mismo de democracia, en el contexto de transiciones a la democracia;³ sobre la democratización como proceso;⁴ sobre la sociedad civil,⁵ que sigue abierta; sobre la participación ciudadana y en general sobre las democracias participativa y directa.⁶ Y, por supuesto, sobre la caracterización de las democracias contemporáneas y los procesos de degradación democrática, sobre los cuales hay una amplia oferta de conceptos.⁷

En este capítulo pretendo abordar dos ángulos relativamente poco estudiados en la teoría y práctica del populismo: el papel de la sociedad civil en el proceso de desarrollo de movimientos y gobiernos populistas, y las transformaciones en el espacio público que se derivan de estos procesos. Es ampliamente difundida la idea de que el populismo atenta contra la pluralidad de la sociedad civil y contra su autonomía a partir del concepto monista de pueblo en que se funda el discurso populista; y también es casi un lugar común afirmar que los líderes populistas limitan la libertad de expresión al atacar a los medios de comunicación y las instituciones de pensamiento crítico que cuestionan el discurso y las decisiones de los gobernantes populistas.⁸ Pretendo mostrar aquí que, siendo correcta esta intuición, se ha perdido de vista que los populistas tienen bases de apoyo en ciertos actores de la sociedad civil y construyen nuevas formas de mediación con la sociedad, y que recurren también a múltiples formas de intervención en el espacio público, tanto en su fase inicial como movimiento como en el ciclo posterior en que son gobierno. El populismo interactúa en formas complejas con la sociedad e interviene en el espacio público en competencia con otros actores en escenarios múltiples. El reduccionismo sociológico que caracteriza a la mayoría de los estudios sobre el populismo nos impide entender mejor sus bases sociales, sus formas de creación de legitimidad y sus límites políticos para consolidarse como régimen.

1. Se contabilizan por miles las entradas sobre este concepto en los índices y las bases de datos académicos. Es humanamente imposible estar al tanto de tan abundante producción. Dos recientes publicaciones de Handbooks (enciclopedias resumidas) sobre el populismo muestran el alcance global de este debate y su creciente sofisticación: Rovira Kaltwasser et al. 2017 y De la Torre, 2019.
2. Esta es la propuesta de varios de los expertos en la materia, véase el capítulo de Carlos de la Torre en este libro.
3. De acuerdo con los clásicos Mainwaring, O'Donnell y Valenzuela, 1992; Mainwaring y Pérez Liñán, 2013; O'Donnell, 2010.
4. Entre otros muchos libros, véase la gran síntesis de Whitehead, 2011.
5. Parte central del debate está en Cohen y Arato, 2000; Jobert y Kohler-Koch, 2008; Kamruzzaman, 2019; Alvarez, Rubin et al. 2017 y Dagnino et al. 2006.
6. Véase Santos y Avritzer, 2002; Isunza y Gurza, 2010; Welp y Ordóñez, 2017; Zarembeg y Welp, 2020.
7. Un buen resumen en Diamond y Plattner, 2015.
8. Una excelente síntesis de estas críticas en Arato y Cohen, 2022.

Para desarrollar mi argumento empiezo por analizar críticamente algunos de los déficits sociológicos de los conceptos de populismo, sociedad civil y espacio público. Desde una perspectiva inmanente señalo los límites de un concepto de sociedad civil que asume la existencia de una ciudadanía activa. Señalo que la sociedad civil es solo una parte de la sociedad, y una parte que es notablemente heterogénea y plural. Por ello las relaciones de esta sociedad civil con el populismo son tan variadas como ella misma. El tamaño y la composición de la sociedad civil pueden ser determinantes en la resistencia a las tendencias autoritarias intrínsecas al fenómeno populista.

El espacio público, renombrado recientemente “espacio cívico” en las nuevas modas de los organismos internacionales,⁹ ha sufrido transformaciones notables en las últimas dos décadas. Las plataformas y redes digitales han potenciado a niveles inéditos la cantidad, disponibilidad y accesibilidad de información, así como la velocidad de la transmisión, la inmediatez de los intercambios y la cantidad de los participantes, potenciales y reales, en las conversaciones públicas. Sin embargo, al igual que en el caso de la sociedad civil, el espacio público es en realidad extraordinariamente heterogéneo, por lo que es un error pensar que el espacio digital es el terreno privilegiado de los debates y de la manipulación sistemática de la información. Las relaciones entre el estado y la sociedad, y los intercambios simbólicos en el seno de la sociedad misma, tienen muchos escenarios en el tiempo y en el espacio que debemos considerar para entender mejor los alcances y límites del fenómeno populista.

POPULISMO

El populismo es, ante todo, una *forma* de la política democrática contemporánea. El populismo emerge como movimiento en la democracia y su legitimidad se funda en procesos electorales competitivos. En el populismo como gobierno las elecciones normales se complementan con mecanismos de democracia directa que ratifican continuamente la legitimidad del líder y sus decisiones. Las consultas y plebiscitos, entendidos como expresión de una “soberanía popular”, tienden a sustituir al poder legislativo y crean una imagen de participación ciudadana en las decisiones, pero en realidad se constituyen en mecanismos ratificatorios y plebiscitarios (Yelp, 2022).

El populismo se caracteriza por presentar *simultáneamente* al menos seis rasgos, cada uno de los cuales ha sido analizado en diferentes interpretaciones del populismo.¹⁰

1. Se trata de una estrategia de movilización para obtener o retener el poder: populismo como estrategia política (lo cual no es exclusivo del populismo contemporáneo) (Weyland, 2019).
2. El populismo construye su legitimidad por medio de un mecanismo discursivo a través del cual se crea un concepto de pueblo basado en cadenas de equivalencia a partir de un significante vacío, es decir, de un concepto o frase que permite la igualación simbólica de sujetos sociales diferentes. Este mecanismo permite definir a una parte de la sociedad (los pobres, los blancos étnicos, los marginados, etc.) como la totalidad de ella (el pueblo) (populismo como discurso) (Laclau, 2005).

9. Por ejemplo: <https://www.ohchr.org/es/civic-space>

10. Sigo aquí de cerca a Arato y Cohen, 2022, con algunos cambios.

3. La noción monista de pueblo (una sola entidad política) no se basa en una ideología. El proyecto político del liderazgo populista se ve precisado a tomar prestados elementos de ideologías relevantes para algún sector de la población, como el nacionalismo, el socialismo, la religión, el etnonacionalismo, etc., de acuerdo con patrones históricos nacionales, el contexto geoestratégico y la oportunidad del momento (Mudde & Rovira Kaltwasser, 2017; Müller, 2017).
4. El pueblo se corporiza simbólicamente en un líder carismático, que concentra la potencia simbólica y política del populismo como movimiento y el poder político en el populismo como gobierno. La encarnación del pueblo en un líder es una característica esencial de este modelo político (populismo como “estilo”) (Moffitt, 2016).
5. La política se define por el líder populista como una lucha entre amigos y enemigos. Por tanto, los sujetos que no caigan dentro de la categoría de “pueblo” serán considerados fuera del campo de la acción política legítima.¹¹
6. Lo político se impone a la política. Esto quiere decir que los valores supremos supuestamente defendidos (la soberanía del pueblo, la soberanía nacional, la pureza étnica, la moral y la virtud, etc.) son el eje de la práctica política, y no los medios, los procesos o las políticas públicas destinadas a lograr objetivos. Por tanto se privilegia la soberanía popular entendida como poder constituyente sobre la constitución o poder constituido. El populismo plantea una “reinvención” política a partir de una noción monista de la soberanía popular, que puede dar lugar a una peculiar forma de constitucionalismo (Müller, 2017; Arato, 2016).

El populismo como movimiento es una experiencia colectiva que articula múltiples demandas específicas con sentimientos compartidos de descontento, frustración, resentimiento, temor, de un lado, y exigencia, esperanza, entrega, disposición a la acción, de otro (Rosanvallon, 2020). De ahí que el liderazgo carismático sea necesario para dar unidad a esta compleja y contradictoria gama de demandas/afectos (Laclau, 2005). Pero el líder constituye una solución temporal y frágil, pues carece de controles y anclajes, y puede orientar los procesos políticos en formas arbitrarias e inesperadas. La creación de un partido-movimiento, o partido antipartido, tiene en su seno el problema de no ser ni una cosa ni la otra. Un tal partido, con frecuencia una construcción *ad hoc* para competir en elecciones, no resuelve el problema de la representación, pues es un mero aparato electoral, sin programa propiamente dicho ni líderes ni estructuras autónomos. Es una mera vía o instrumento para la obtención del poder. No obstante, como todo aparato electoral, construye una serie de mediaciones entre el líder y las masas, sin las cuales no podría operar como aparato electoral. Una vez en el poder el populismo como gobierno es frágil, pues al depender de la voluntad del líder carece de capacidad de prospectiva, de predictibilidad y de legibilidad. Y por ello lleva en su seno el riesgo de una deriva autoritaria o de una incapacidad de continuar en el poder si el líder falta por alguna razón (problema de la imposibilidad de heredar el carisma) (Kalyvas, 2010; Moffitt, 2016). El populismo en el poder construye un nivel de hibridación de estructuras y prácticas democráticas, de las cuales procede, con nuevas formas delegativas de ejercicio del poder, que incluyen ataques a los otros poderes del estado, a actores de la sociedad civil y

11. Idea desarrollada teóricamente por Laclau y basada en el concepto de lo político de Carl Schmitt.

medios de comunicación. Esta tensión entre democracia liberal y autoritarismo es intrínseca al populismo como gobierno.

CONDICIONES HISTÓRICAS DE LA NUEVA OLA POPULISTA

Una multiplicidad de factores han permitido la emergencia y generalización de esta forma de la política a escala global, entre los cuales se cuenta el colapso del comunismo en 1989, que implicó la desaparición del “otro simbólico” de la democracia (Furet, 1995); las transiciones a la democracia en América Latina en el contexto de partidos políticos y estados débiles (Murakami y Peruzzotti, 2021; Iazzetta, 2007); la crisis de representación debida a la cartelización del sistema de partidos y al debilitamiento de sindicatos y organizaciones gremiales (Mair, 2013); la pérdida de sentido de la política al desaparecer las opciones de izquierda y derecha (colapso al centro, la “pospolítica”) (Arato y Cohen, 2022), todo ello en el contexto de una globalización salvaje que ha implicado una reorganización de la división internacional del trabajo con consecuencias nacionales y regionales dramáticas, así como el aumento inédito de la desigualdad y de las migraciones internas e internacionales, además de la aceleración de la crisis climática (Piketty, 2013). Las contradicciones internas y los límites intrínsecos de la democracia han quedado expuestos (“posdemocracia”, la democracia sin demos). El populismo es una de las formas políticas a través de las cuales se tratan de superar (así sea temporalmente) las contradicciones internas del orden democrático en el mundo contemporáneo (Arditi, 2010).

Desde el punto de vista conceptual, la contradicción fundamental del orden democrático se da entre la soberanía popular y el constitucionalismo, es decir, entre lo constituyente y lo constituido (Lefort, 1998). La fuente última de legitimidad del orden democrático está en vilo entre la capacidad de los ciudadanos de darse el orden legal que deseen en cada circunstancia histórica y la necesidad de establecer reglas e instituciones duraderos y predecibles. El equilibrio entre estas necesidades y tendencias opuestas es inestable e indeterminado y depende de la capacidad representativa de la democracia y de su calidad (Manin, 1998; Rosanvallon, 2009; O’Donnell, 2010). En la base de esta contradicción originaria se localizan los supuestos mismos de un orden democrático: la ciudadanía y la sociedad civil. La democracia supone la existencia de ciudadanos, es decir, sujetos dotados de derechos. Pero en la práctica los ciudadanos no son todos los habitantes adultos de un país, sino solo algunos, dependiendo del tiempo histórico y del estado-nación que analicemos (Foweraker & Landman, 1997; O’Donnell, Iazzetta & Vargas, 2004). La sociedad civil, es decir, los ciudadanos autoorganizados, también es una entidad sociopolítica relativamente escasa en la práctica, cuya existencia y desarrollo depende, paradójicamente, de la democracia (Cohen & Arato, 2000; Dagnino, Olvera & Panfichi 2006). Por tanto, la democracia es un régimen político precariamente anclado en la sociedad, siempre sujeto a los conflictos que tienen lugar en su seno y a las formas en que ese conflicto se canaliza en las instituciones y el espacio público.

Las críticas a las democracias realmente existentes en nuestro tiempo comparten la idea de que la democracia liberal sufre una captura oligárquica por parte de partidos políticos profesionales crecientemente separados de la ciudadanía (Levitsky & Ziblatt, 2018; Mair, 2013). Este proceso configura el elemento central de la crisis de legitimidad del orden democrático. Por otro lado, hay también un vaciamiento de la legitimidad del estado por su creciente incapacidad, tanto fiscal como operativa, para resolver los problemas de la vida cotidiana de los ciudadanos (crisis de desempeño, déficit de bienestar, etc.) (Arato y Cohen,

2022). Finalmente, las viejas y las nuevas formas de la desigualdad y la incertidumbre como característica central de la vida en sociedad dan lugar a sentimientos de abandono, privación, exclusión, miedo y pérdida de estatus (Hopenhayn & Sojo, 2011).

En el caso de los países de América Latina y en la mayor parte del mundo esta clase de crítica a la democracia no constituye una novedad. Se trata de características de los estados preexistentes a las transiciones a la democracia, que por cierto explican el carácter precario —de origen— de las democracias emergentes (Carmagnani, 2004; O'Donnell, 2010; Olvera, 2020). En efecto, la democratización en países atrasados y en los excomunistas heredó estados débiles y estatus de ciudadanía sumamente frágiles. Profundicemos en este punto pues es importante para los fines de este capítulo.

POPULISMO Y DEMOCRACIA EN LA MAYOR PARTE DEL MUNDO

En la mayor parte del mundo la sociedad es mucho más grande que la ciudadanía. Esto quiere decir que la mayor parte de la gente no tiene acceso efectivo a los derechos civiles, sociales, culturales y políticos plasmados en sus constituciones. Esta divergencia entre lo jurídico y lo fáctico es una característica histórica de los países poscoloniales. Por tanto, no debería sorprendernos que los regímenes políticos en la mayor parte del mundo tengan una débil legitimidad en tanto que no se anclan en una legalidad efectiva que regule el orden político. Se vive en la paralegalidad o seudolegalidad (Chatarjee, 2008). Esta debilidad de la ciudadanía —y del estado— conduce a que también sea muy frágil la sociedad civil, que necesita para prosperar de la existencia de un estado de derecho que por lo menos garantice las libertades de asociación, manifestación y expresión. El ejercicio de estas libertades, a su vez, constituye la base de una esfera pública digna de ese nombre (Arato & Cohen, 2000). Es por ello que los órdenes políticos en la mayor parte del mundo no se han fundado en una legitimidad democrática más que excepcionalmente y por periodos determinados (Rosanvallon, 2012; Keane, 2018).

Las transiciones a la democracia que se experimentaron en el plano global a partir de los ochenta en América Latina y en los noventa en Europa del Este después de la caída del Muro de Berlín han producido democracias francamente débiles en términos de su legitimación y de su operatividad institucional (Mainwaring & Pérez-Liñán, 2013).

¿Podemos decir, pues, que hay una mayor probabilidad de que el populismo, como práctica política, se instaure en estos países “atrasados” o recientemente democratizados? En los países desarrollados, en donde hay una tradición democrática más larga, y en los que por lo menos durante una época de su historia hubo una mayor correspondencia entre la ciudadanía y su representación política en partidos, la democracia funcionó como un mecanismo de resolución civilizada de los conflictos simbólicos, distributivos y culturales que se localizan en el seno mismo de la sociedad. Sin embargo, en la medida en que los países desarrollados se han transformado dramáticamente desde el fin del siglo XX, a partir de la globalización neoliberal, también ellos han caído en una condición en la cual el estatuto de ciudadanía se ha debilitado, y con ello los lazos de cohesión social y la capacidad representativa del sistema político, abriendo la puerta al populismo como alternativa a la crisis de representación, que, por cierto, no se limita al campo de la política formal, sino también al de lo social (Levitsky & Ziblatt, 2018; Urbinati, 2019). La creciente diferenciación y la mayor complejidad de la estructura de la sociedad producen nuevos conflictos que carecen de un mecanismo de canalización política, al tiempo que tanto actores sociales emergentes como históricos

parecen no ser capaces de desarrollar adecuados mecanismos de autorrepresentación. Estos cambios en la sociedad global explican en buena medida que el populismo sea una forma de la política cada vez más importante en todo el mundo (Rosanvallon, 2020).

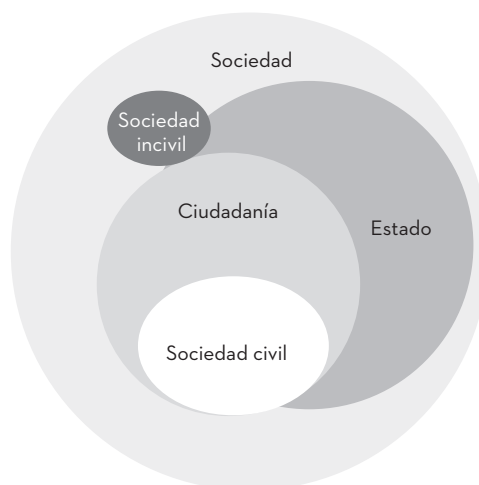
En este ensayo pretendo concentrarme en dos preguntas derivadas de esta problemática: ¿qué pasa con la sociedad civil en los órdenes populistas? ¿Cuáles cambios experimenta el espacio público? Sabemos que el espacio público no depende solamente de la composición y de la acción de una sociedad civil plural y compleja, sino también de la naturaleza del estado y del sistema político. Sabemos que, por su propia naturaleza, el populismo tiende a cerrar el espacio público y a imponer la visión de quienes se consideran representantes del pueblo. No obstante, la situación es más compleja. Cuando el régimen adquiere rasgos populistas el soberano ocupa una parte del estado sin controlarlo por completo. El estado no es solo el gobierno sino una serie de instituciones creadas en el proceso de democratización y aun antes de este. Nos referimos, de entrada, al congreso y al poder judicial, pero también a una creciente lista de órganos autónomos, instituciones de regulación de la economía, consejos ciudadanos, universidades autónomas, etc. Las tensiones entre la tendencia a la personalización y concentración del poder propias del populismo y las capacidades de resistencia de las instituciones estatales y de al menos ciertos actores de la sociedad civil crean una serie de conflictos cuyo desenlace depende de si los gobiernos populistas toman una deriva autoritaria o si la democracia prevalece.

En las páginas siguientes analizaré, primero, lo que sucede con la sociedad civil y el espacio público en el periodo de surgimiento del populismo como movimiento, para después concentrarme en lo que acontece cuando el populismo es gobierno.

SOCIEDAD CIVIL, CIUDADANÍA, ESPACIO PÚBLICO

Para empezar establezcamos qué es la sociedad civil. Se trata, como sabemos, del conjunto de movimientos sociales, organizaciones de base, asociaciones profesionales, sindicatos, grupos religiosos, culturales y gremiales en general, es decir, la vasta red de organizaciones que caracterizan las sociedades complejas contemporáneas (Cohen & Arato, 2000). ¿Cuál es la diferencia entre la ciudadanía y la sociedad civil? La ciudadanía nos remite a la protección de la individualidad de los sujetos de una democracia, es decir, las personas con derechos, mientras que la sociedad civil se refiere a la parte organizada y en acción de esos ciudadanos atomizados. Como decíamos al principio, dado que en nuestros países la sociedad es mucho más grande que la ciudadanía, es de entenderse que hay formas de acción colectiva, de resistencia y de organización que no transitan por la organización formal de los actores, ni siquiera por formas de acción colectivas que reclamen derechos específicos, sino que se producen como actos de resistencia directamente políticos, porque la única forma en que estas poblaciones pueden hacerse escuchar es a través de una interlocución directa con los aparatos de gobierno. La complejidad del estudio de lo que llamamos sociedad civil en los países atrasados radica en que la parte de la sociedad formalmente organizada y basada en los derechos de ciudadanía es apenas una de las formas de existencia y de acción de la sociedad (Olvera, 2007). Hay un amplísimo número de personas que, sea como individuos o como colectivos, se expresan en el campo político de una manera informal, propia de su reproducción precaria dentro de la economía y la política. Hablamos de los trabajadores informales producto del capitalismo periférico, de los trabajadores rurales, de los habitantes de las gigantescas zonas marginales de las ciudades, todos los cuales no cuentan con

FIGURA 4.1. LAS SOCIEDADES Y EL ESTADO EN LAS SOCIEDADES PERIFÉRICAS



condiciones materiales de autoorganización formal y que necesitan, para su propia sobrevivencia, exigir bienes a través de acciones directas (Dagnino, Olvera & Panfichi, 2006; Chatarjee, 2007). Por tanto, la sociedad civil en estas naciones se compone por una parte relativamente institucionalizada, política y culturalmente plural, y otra informal, mucho más difícil de detectar y analizar, a la que llamo sociedad no civil, y dentro de la cual existe, además, una parte incivil. Por no civil nos referimos aquí a aquellos grupos sociales que viven —por necesidad, generalmente— en los márgenes de la legalidad, y que pueden constituir un sector demográficamente muy importante de una nación dada. Vivir fuera de la ley es algo que caracteriza a los sectores populares. Es algo normal para vastos sectores de la población que no tienen acceso, o lo tienen muy precario, a la salud, la educación, la justicia y los mercados financiero y de bienes, especialmente, de vivienda. La sociedad incivil es la parte de la sociedad que vive directamente en industrias delincuenciales (véase la figura 4.1).

En la fase histórica del neoliberalismo estos sectores “informales” de la población han devenido beneficiarios de políticas públicas paternalistas y potencialmente clientelares. Partha Chattarjee ha denominado a estos grupos “poblaciones”, que en realidad se comportan en la arena pública como una “sociedad política”, una sociedad que no tiene derechos, pero sí formas de relación no mediada con el gobierno, por las vías de la acción directa, muchas veces contenciosa: marchas, mítines, plantones, tomas de calles y carreteras.

La sociedad incivil se refiere a los sectores de la sociedad que viven dentro de una economía criminal, o que conviven y colaboran con ella. Empieza con frecuencia en bandas juveniles y redes de distribución al menudeo de drogas —fenómeno en preocupante expansión en todas partes— y sigue con el crimen organizado en sus diferentes modalidades (Dagnino, Olvera & Panfichi, 2006). La presencia territorial del crimen es enorme en muchos países, especialmente en Centroamérica, Colombia, Brasil y México.

Una composición tal de la sociedad tiene impactos importantes en la esfera pública, la cual, como la sociedad misma, es muy diferenciada y heterogénea. En el plano microsociedad se trata de redes pequeñas de intercambio de opiniones al interior de las élites sociales y culturales de un país. Los actores de la sociedad civil en su diversidad y heterogeneidad participan en esta esfera pública a través de sus medios de comunicación propios, de sus

publicaciones, sus eventos, acciones y, sobre todo, de las redes sociales a partir de la última década. La mayoría de la población es una receptora relativamente pasiva de la información que recibe del gobierno o de los medios de comunicación privados, que en el populismo son crecientemente controlados por el propio gobierno, aunque también tienen formas de autoorganización que pasan por espacios públicos, como asambleas y mítines (Olvera, 1999).

La esfera pública en el capitalismo periférico contemporáneo —en el concepto clásico habermasiano— (Habermas, 1991) es relativamente reducida en sus alcances sociológicos porque las capacidades culturales, organizativas y económicas de la mayoría de la población son escasas.¹² En el ámbito popular las formas horizontales de comunicación tradicionales, de boca a boca, de grupo a grupo, siguen siendo muy importantes. Las “esferas públicas plebeyas” (Fraser, 1990)¹³ son sin duda importantes, pero constituyen una atomización de microexperiencias. En ciertos casos y condiciones pueden ser la base de la resistencia popular y de la acción colectiva popular.

POPULISMO Y LOS DIFERENTES SECTORES DE LA SOCIEDAD CIVIL

Pasemos ahora a analizar lo que sucede en la sociedad civil en cada desarrollo del populismo. En las fases iniciales, es decir, en los momentos de crisis de las democracias formales, en que emergen el líder y su movimiento, el anclaje social del proceso radica en redes civiles preexistentes. Aquí el populismo como movimiento no se refiere a grupos organizados que hacen uso del espacio público y tratan de influir en la política formal. Hablamos en principio de un sentimiento general transmitido por diversos medios de comunicación y, ante todo, por redes sociales que puede dar lugar a cierta organización o a la expresión pública de apoyo a alternativas creadas por *outsiders* del sistema político o que, aun sin serlo, se presentan como tales. Es en el seno de ciertos sectores de la sociedad civil donde se manifiestan los valores, conocimientos e intereses que habrán de conectarse con el liderazgo populista (Urbinati, 2019).

En el caso de la “derecha”, la sociedad civil de base está formada por las redes que rechazan valores emergentes de reconocimiento de derechos de mujeres, población LGBTQ+ y población afroamericana, indígenas y migrantes. Estas redes conservadoras defienden identidades preexistentes de raza, género, religión, es decir, el patriarcado, el racismo, la supremacía étnica. Rechazan las innovaciones culturales de la modernidad reciente. Hay una síntesis de identidades tradicionales, creencias religiosas y pasiones negativas, en muchos casos derivadas de un sentimiento de pérdida de estatus. Esta es una primera forma en la que un sector de la sociedad civil manifiesta un conservadurismo profundo que puede conectarse con algún líder político que reconozca, por convicción o conveniencia, o por ambas, la existencia de estos valores y sentimientos (Skocpol & Tervo, 2020).

Una segunda forma se refiere a las redes articuladas y formales de una sociedad civil de derecha que son, por cierto, muy fuertes en casi toda América Latina, particularmente en Brasil, Chile y Colombia (Torrico, 2021), y lo son aún más en Estados Unidos y en Europa oriental. Estas redes se conforman por *think tanks*, organizaciones religiosas, clubes y aso-

12. Una notable síntesis de estos debates sobre la aplicabilidad del concepto de la esfera pública se encuentra en el *dossier* sobre Esfera Pública, Movimientos Sociales y Democracia de la revista *Metapolítica*, vol. 3, enero-marzo de 1999.

13. Una interesante discusión sobre estos temas en el número monográfico de la revista *Encuentros Latinoamericanos*, segunda época, vol. III, julio-diciembre de 2019, especialmente Carriquiry, 2019.

ciaciones locales, y también por movimientos sociales como el Tea Party de Estados Unidos, y múltiples asociaciones nacionalistas, escuelas religiosas, etc. También puede haber un vínculo con grupos nacionalistas radicales.

En el caso de la sociedad civil de “izquierda” los actores centrales son redes y movimientos de protesta contra la pobreza, la exclusión y las violencias, movimientos sindicales, urbano–populares y campesinos, feministas y ecologistas. Algunos de ellos canalizan, en forma difusa, resentimientos sociales y nuevos valores culturales, sobre todo sentimientos contra los privilegios de la “casta política”, de las élites económicas, de las oligarquías en general. Es el caso clásico de los Indignados en España, pero también de muchos movimientos y protestas súbitas que se han producido en años recientes en Colombia, Ecuador y Chile, y que producen movimientos espontáneos, caracterizados por la acción directa, el rechazo de liderazgos personales y la producción de una coordinación difusa y asamblearia. Estas acciones colectivas expresan sentimientos profundos que tienen que ver con el hartazgo con la violencia cotidiana, la impunidad de todo tipo de criminales y la inseguridad que hace compleja la vida, además del rechazo a la injusticia distributiva y la desigualdad de acceso a los derechos sociales (Svampa, 2008).

Desde el punto de vista de una sociedad civil organizada se cuentan los movimientos feministas, ecologistas, estudiantiles, campesinos e indígenas, todos los cuales son constelaciones de pequeños grupos que comparten un profundo sentimiento antipolítico. Estos grupos pueden impulsar grandes movilizaciones sociales, como ha sido el caso emblemático de Chile, país donde hubo además una conexión entre el movimiento estudiantil, otros movimientos sectoriales y locales y partidos políticos, los cuales a su vez fueron el vehículo de formación de una generación de líderes políticos jóvenes que actualmente ocupan el poder gracias a la gran irrupción democrática que se ha producido en ese país. Esta sociedad civil de izquierda comparte sentimientos de rechazo a la exclusión y la injusticia. En los casos en que sí hay una articulación con movimientos propiamente políticos (Chile es paradigmático y, de una manera menos directa, Colombia), esta no es necesariamente populista.¹⁴ Sin embargo, estos movimientos de protesta, sobre todo los que tienen que ver con los sectores populares, no tienen una expresión política propia, lo que abre la puerta, eventualmente, a que un liderazgo político exterior a los movimientos reclame su representación.

En los sectores no civiles de la sociedad existe una cultura política del particularismo generalizado, basada en la experiencia cotidiana de las relaciones episódicas y puntuales entre las poblaciones y el estado (Olvera, 2020). La acción colectiva de este sector de la sociedad se articula políticamente como resistencia y exigencia de bienes concretos, no de derechos. En general no hay una correspondencia entre la radicalidad de las protestas y la naturaleza de las peticiones, que suelen ser muy concretas y específicas. En América Latina se ha experimentado por décadas una especie de hipermovilización popular, que parece poco productiva desde el punto de vista de sus efectos, pero que, sin embargo, resulta necesaria para obtener los bienes públicos básicos que garantizan la supervivencia. Esta sociedad no civil suele ser el terreno más fértil para líderes populistas, que transmiten a este sector de la población un sentimiento de esperanza, una expectativa de afecto desde el poder.

14. Véase el *dossier* sobre movimientos sociales recientes en América Latina en la revista *Nueva Sociedad*, núm. 295, septiembre–octubre, 2021.

LA ESFERA PÚBLICA Y EL POPULISMO

Pasemos ahora a analizar el problema de la esfera pública en la fase formativa del populismo. Lo que caracteriza a la esfera pública en ese momento inicial es la polarización, generalmente inducida, potenciada por el líder o movimiento populista. Pero ¿acaso esa polarización no tiene bases sociológicas y culturales reales? La sociedad civil, como hemos visto, preexiste al movimiento populista, y por tanto, los valores, sentimientos y actitudes que alimentan la polarización están ya presentes en la sociedad. La polarización populista politiza esos sentimientos y valores y los traduce en una confrontación entre amigos y enemigos, élites contra pueblo.¹⁵ La confrontación se torna pasional, emotiva; las razones dejan de importar y es muy difícil la existencia de un diálogo. Como los especialistas han demostrado, las redes sociales aceleran y radicalizan los extremos al transmitirse en tiempo real las “ofensas”, mientras los discursos acentúan las pasiones. La polarización construye una negación al debate. Generalmente, el líder emergente populista explota las pasiones y las esperanzas y no necesariamente produce una oferta política coherente y comprensible para la ciudadanía. En esta fase de formación cuando la construcción política del partido o frente populista se hace por la incorporación de todo tipo de agentes políticos preexistentes, lo cual demuestra hasta qué punto el movimiento populista no establece un vínculo orgánico con sus bases sociales reales, sino una relación emocional, de empatía (De la Torre & Peruzzotti, 2008).

La necesidad de competir en el terreno electoral obliga al movimiento a tornarse en un partido político. El líder recibe y busca financiamiento y tiene que institucionalizarse como un partido o frente político, con la peculiaridad de que este carecerá de un programa propiamente dicho. Sus objetivos serán difusos y por tanto no habrá compromisos específicos, sino más bien se crearán expectativas a partir de la construcción simbólica de un pueblo, al mismo tiempo que se produce la imagen de un enemigo. El espacio público es la arena privilegiada de la polarización y de la construcción identitaria y, por tanto, su adecuado manejo es clave para favorecer las posibilidades electorales del movimiento-partido populista. La cercanía física del líder vía numerosos mítines y actos, que ratifica su mundanidad e igualdad con la gente —soy como ustedes—, se combina con un uso profesional de las redes sociales (Olvera, 2022).

El desarrollo de un aparato electoral es un tema independiente del aquí analizado, pero es clave para el éxito del líder populista y su movimiento. Dada la urgencia de crear ese aparato el partido populista se construye por varias vías, dependiendo del contexto histórico nacional. El líder puede tomar por asalto un partido constituido (el caso de Trump y el Partido Republicano); puede crear su propio partido desde antes de la toma del poder, construyendo poco a poco una estructura electoral (el caso de AMLO en México con Morena) o puede construirlo desde arriba, a veces después de la toma del poder, en los casos en que elecciones plebiscitarias permiten ganar una elección a un líder sin partido propiamente dicho (los casos de Correa en Ecuador y de Chávez en Venezuela); también, si las condiciones lo permiten, un movimiento o conjunto de movimientos sociales puede tornarse en instrumento electoral (el caso de Morales en Bolivia y el MAS) (Carrión, 2022). Hay muchas

15. Sobre la polarización como concepto, véase el número especial de la revista SAAP, 14(2), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, noviembre 2020, especialmente Schuliaquier y Vommaro, 2020.

más posibilidades, dependiendo de las reglas electorales, de los financiamientos disponibles, de las bases sociales del líder, de la gravedad de la crisis del sistema de partidos, etcétera.

POPULISMO COMO GOBIERNO Y ESPACIO PÚBLICO

Pasemos ahora a analizar el populismo como gobierno, es decir, cuando el partido o líder populista ha logrado obtener el poder ejecutivo en elecciones legítimas. Como se sabe, la llegada al ejecutivo de un partido o movimiento populista no solo se produce por la vía de la elección de un presidente de la república, como es el caso de los regímenes presidenciales en América Latina, sino también por la vía de mayorías en un régimen parlamentario. Hace años que se ha habla del presidencialismo de los regímenes parlamentarios, de cómo incluso en esta clase de regímenes que son propios de la Europa occidental (y recientemente oriental) se ha producido una personalización de la política, de tal forma que el líder del partido mayoritario se equipara a las figuras presidenciales, que sintetizan directamente la personificación del poder. Esas condiciones favorecen la encarnación populista (Rosanvallon, 2015).

La radicalización de los enfrentamientos en el seno de la sociedad civil expresa la polarización simbólica, cultural y emocional que se ha producido en la esfera pública. También se ha transparentado la diferencia de intereses y de valores que objetivamente existe en el seno de la sociedad civil. El populismo en el gobierno radicaliza las diferencias, insiste en ellas, construye sobre las grietas internas de la sociedad civil —y construye su propio nexo, su relación con los apoyadores, mientras que excluye y ataca políticamente a quienes se le oponen. Por eso los líderes populistas convertidos en presidentes atacan continuamente a los medios de comunicación independientes y a la sociedad civil autónoma, a la que se define como parte del enemigo. La agresión se ceba en aquellos actores que ejercen acciones de vigilancia y *accountability*. El líder populista funciona sobre la base del decisionismo político, es decir, la centralización del poder en la persona del ejecutivo, de tal forma que la *accountability* social, la vigilancia de su desempeño, son antitéticos con su misión redentora y transformadora. La rendición de cuentas desde el plano civil se debilita dramáticamente. Por tanto, en la fase del populismo como gobierno se reducen los espacios para la articulación, el diálogo y el debate público (Carrión, 2022; Olvera, 2022). Más bien, la disputa simbólica adquiere un sentido casi terminal, se constituye en una especie de guerra en la cual no puede haber más que vencedores y vencidos, lo cual viola el espíritu de la democracia, basado en la necesidad de la tolerancia y la aceptación del otro.

La agresión populista a los medios de comunicación es selectiva. Se enfoca en los medios económica y políticamente independientes del gobierno, sean escritos, radiofónicos o televisivos, e incluso en tiempos recientes se ataca a *influencers* y portales digitales.¹⁶ Ante la crisis global de los medios escritos los reporteros de investigación se han agrupado para crear portales digitales que son los que publicitan denuncias de corrupción, ineficacia e inacción gubernamental. También hay un sector de *influencers* y de administradores de *bots* antigubernamentales en algunos países.

Si bien la circulación de medios siempre fue escasa en la mayor parte de Latinoamérica, en tiempos recientes la crisis se ha acentuado, llevando a la desaparición de cientos de pe-

16. En México, Signa_Lab, un laboratorio de análisis de la polarización digital del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), ha producido importantes reportes de este proceso: <https://signalab.iteso.mx>

riódicos, principalmente en ciudades pequeñas y medianas. Frente al desempleo y precarización casi total del trabajo periodístico muchos comunicadores han optado por crear sus propios portales. No por ello han quedado a salvo de otra tendencia nefasta en varios países de la región, que es la violencia ejercida contra periodistas, especialmente en las zonas grises, donde el poder territorial está en disputa entre grupos criminales y el estado. México es el país más peligroso para el ejercicio de la profesión periodística, seguido de Honduras, El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Colombia, todos ellos países azotados por el poder de grupos criminales. Han surgido así “zonas de silencio” donde no hay medios de ningún tipo (Del Palacio, 2023).

En cambio, los medios favorables a los gobiernos populistas, pocos en número, reciben apoyo gubernamental y tolerancia. Se ha desarrollado una industria de *influencers* y manejadores de *bots* profesionales, que crean una corriente de opinión favorable al gobierno y se encargan de acentuar la polarización. Este modelo mediático produce mucho ruido y poco debate, si es que alguno.

El principal medio de comunicación de los líderes populistas son ellos mismos. La reproducción de su carisma, la sensación de cercanía, la ratificación pública cotidiana de su sencillez y compromiso exige del líder un performance constante, una “invasión” de los medios por diversas vías: X, antes Twitter (Trump), las cadenas de radio y televisión (Chávez y otros), las “mañaneras” de López Obrador (conferencias de prensa matutinas diarias), etc. Esta sobrepresencia del líder confirma la encarnación del poder y su papel protagónico y define una comunicación unidireccional, que va del líder a su audiencia, sin interlocución real.

UN CONCEPTO MÁS AMPLIO DE ESPACIO PÚBLICO: LAS INTERFACES ENTRE GOBIERNO Y POBLACIÓN

Sin embargo, debemos complejizar el escenario de las relaciones entre el populismo como gobierno y la sociedad. En primer lugar, la naturaleza del liderazgo populista, es decir, la personificación y concentración del poder, implica que haya una contradicción con los otros poderes de un régimen democrático —el legislativo y el judicial—, así como con los órganos autónomos —variables según el país—. Los otros poderes han sido concebidos en el orden democrático como controles del poder ejecutivo, y como el líder no acepta límites a su poder hay una relación de confrontación con ellos, hasta que logra colonizarlos o controlarlos. A este proceso se le conoce como la “hibridación” en los gobiernos populistas entre aspectos democráticos y autoritarios (Diamond, 2002; Peruzzotti, 2022). Esta hibridación es en realidad una característica fundacional de todas las democracias de la periferia, que nunca desarrollaron instituciones estatales fuertes. El populismo agudiza la tendencia, la lleva al límite de lo tolerable dentro de una democracia disfuncional. Cuando ese límite es rebasado entramos a una fase de franca autocratización que lleva al autoritarismo, cuyo extremo es la dictadura.

Hay otros conflictos entre el gobierno populista y sectores del estado que pasan inadvertidos. En primer término, la confrontación entre el líder populista y el aparato burocrático del gobierno. A mayor profesionalización y capacidad de los aparatos gubernamentales, menores posibilidades hay de que el líder populista pueda transformar radicalmente el sentido en que se ejercen las políticas públicas para favorecer su agenda. En cambio, a mayor debilidad del aparato gubernamental, mayor flexibilidad tendrá la burocracia existente para adoptar los discursos del poder y obedecer las instrucciones recibidas. Ahora bien, si el líder populista profundiza esa plasticidad del estado aprovechando las bajas capacidades estatales, lo que

tendremos es un proceso de desinstitucionalización que disminuirá aun más esas capacidades. Ejemplo paradigmático es la crisis de los sectores salud y educación, la militarización de la seguridad pública y la informalización de la política social en México (Olvera, 2022).

Ciertamente, puede darse en algunas ocasiones el efecto contrario. La extrema debilidad y casi ausencia del estado —sobre todo en ciertos campos de la política pública y en regiones completas de un país—, puede conducir a que el líder populista construya instituciones donde no las hay. En este caso el gobierno populista es creador de una parte de las instituciones y capacidades del gobierno, como lo fue en el caso del populismo clásico en Argentina y como la sido más recientemente en los casos de Bolivia y Ecuador (De la Torre & Peruzzotti, 2008), y de manera más ambigua, y solo en los primeros años de gobierno de Chávez, en Venezuela (Chaguaceda, 2020).

Este proceso en realidad radicaliza tendencias ya existentes en los estados modernos. En efecto, la complejidad de las funciones estatales ha sido atendida históricamente por medio de la profesionalización de la burocracia y la autonomización relativa de órganos y aparatos de supervisión y control del estado en relación con el ejecutivo e incluso con los otros poderes. Este estado moderno constituye un dique a las decisiones arbitrarias del poder. Por ello, no es extraño que haya una confrontación directa del líder populista con lo que Trump llamó el “deep state”, o sea, el estado profundo, la burocracia profesional, la que, siguiendo reglas establecidas, mantiene un cierto sentido de institucionalidad (Levitsky & Ziblatt, 2018). El líder populista necesita obediencia, también eficacia, pero subordina esta a la primera. La subordinación del estado al líder radicaliza la debilidad estatal. En general en América Latina, pero especialmente en México, hay un estado extraordinariamente débil en términos institucionales. Las únicas partes profesionalizadas del estado son la educación y la salud públicas, así como el ejército y las fuerzas de seguridad, aunque en este último caso, en buena parte de los estados del país, las policías no son cuerpos profesionales. El poder judicial debe contarse también entre los órganos profesionales del estado y, por tanto, también es escenario de conflictos con el líder, quien denuncia constantemente a las altas burocracias gubernamentales y judiciales como una élite privilegiada que no responde a los intereses del pueblo (Olvera, 2019).

Esta confrontación puede tener diversas consecuencias, dependiendo del grado de concentración del poder del líder. A mayor concentración el soberano puede no solo controlar el poder legislativo, sino también el judicial, como sucede con mucha frecuencia en el plano subnacional en los grandes países federales de América Latina (Gibson, 2013). Y también controlará, por consiguiente, las instituciones autónomas, que tienen en el poder legislativo su fuente de legitimidad. Es en el poder legislativo donde se designa a sus miembros, donde se elige a sus responsables y donde se recibe la producción de estos órganos autónomos. Esta conflictividad al interior del estado puede tornarse muy radical y llevar a la desinstitucionalización. También las instancias de participación ciudadana que en muchas de las democracias latinoamericanas se han creado —caso ejemplar el de Brasil desde los años noventa— pueden ser obstáculos a las decisiones del soberano. Bolsonaro se ha encargado de destruir sistemáticamente los espacios de participación institucionalizada de la ciudadanía —sin lograrlo por completo—. Estas confrontaciones son opacas, pues son conflictos al interior del estado, y la ciudadanía no logra entender con claridad lo que está en juego. El líder populista aprovecha el comprensible resentimiento popular por el mal desempeño de las instituciones estatales para atacar a sus burocracias profesionales, que, en efecto, muchas veces son corruptas e ineficientes. Pero el líder populista no mejora la institucionalidad esta-

tal, en todo caso la vuelve más dócil a sus instrucciones. El voluntarismo del líder confronta instituciones que se han construido en el largo plazo, pero que se pueden destruir en muy poco tiempo, como la experiencia demuestra (Rosanvallon, 2015).

El problema es que estos conflictos no trascienden a la esfera pública. La disciplina interna, la cadena de comando que caracteriza a las instituciones, evita que se denuncien oportunamente las consecuencias de estos conflictos por el poder, a menos que haya medios independientes que los publiciten. De hecho, en México eso está pasando de manera creciente. Curiosamente, las burocracias profesionales competentes suelen ser protegidas por los sectores ciudadanos que las aprecian. Pero la falta de vínculos efectivos con la sociedad civil hace vulnerables a las instituciones, y la carencia de medios independientes en el plano local impide conocer más de cerca la verdadera magnitud y las consecuencias de estos conflictos (Del Palacio, 2023).

Hay otra dimensión de los conflictos intraestatales que suelen ser más publicitados, pero no por ello logran ser debatidos como parte central de un proceso de transformación democrática. Se trata de las relaciones entre el gobierno federal y los gobiernos locales. La mayor parte de los países grandes de América Latina son federales o han construido una descentralización equivalente. Casi todos los países tienen algún tipo de gobierno local, y aun varios niveles de gobiernos locales, con complejas distribuciones de competencias. En países federales grandes los gobiernos estatales suelen constituir una anticipación y base de apoyo del movimiento populista o un obstáculo para la implantación plena de un régimen populista. En el primer caso, ciertas regiones de un país pueden ser la retaguardia de movimientos conservadores que, bajo ciertas condiciones, apoyarán un proyecto populista de derecha. Lo mismo puede decirse de un proyecto de izquierda. La dinámica de confrontación entre lo nacional y lo local también es un indicador de la heterogeneidad política, cultural y económica de las sociedades civiles locales, y de los posibles modelos de relación entre estas y el sistema político. Los espacios públicos locales varían también en función de esta diversidad de composiciones de la sociedad civil y de la sociedad no civil, así como del tipo de ejercicio de gobierno que practican los políticos locales (Giraudy, Moncada & Snyder, 2019).

Esta complejidad de la realidad social y política de cada país hace que cada populismo adquiera modalidades distintas y tenga mayor o menor espacio para consolidarse o no como régimen político. La tendencia natural de un gobierno populista es al autoritarismo. Las salvaguardas que protegen el orden democrático de esa tendencia se localizan en ciertos sectores de la sociedad civil, en los medios de comunicación independientes, en partidos políticos vinculados con la sociedad civil —si los hubiere—, en gobiernos locales capaces de defender su autonomía relativa, en sectores del estado cuya misión es contramayoritaria, especialmente el poder judicial y los órganos autónomos, y en los movimientos sociales que suelen emerger en condiciones de crisis.¹⁷

¿SALIDAS?

Es enorme la dificultad de lograr una nueva conexión entre la sociedad civil y la sociedad política en el contexto del populismo como gobierno. Porque, por un lado, el populismo ataca

17. Arato y Cohen (2022) llaman a este potencial democratizante una “estrategia dual”, que se localiza tanto en el estado como en la sociedad civil.

a los sectores de la sociedad civil que se le enfrentan, debilitándola y a veces poniéndola bajo asedio político y judicial. Por otra parte, no se interesa en institucionalizar a los sectores de la sociedad civil que lo favorecen, sino que mantiene una relación más bien simbólica, personal, aparentemente cercana con sus bases, pero fundamentalmente inorgánica.

En todo caso, dependerá del tamaño de la movilización social y de la magnitud de los conflictos al interior del frente populista el que haya o no una salida democrática electoral al populismo como gobierno. En caso de que no haya esa fuerza, hay una tentación intrínseca, una tendencia a que el gobierno populista se convierta en un régimen cada vez más autoritario, en el que el líder consolida su control sobre la totalidad del aparato estatal, abriéndose la puerta a la dictadura, que es lo que ha sucedido en Venezuela y Nicaragua. En la mayor parte de los casos los populismos son vencidos en las urnas, pues su legitimidad es electoral y deben arriesgarse a ratificarla en cada ciclo, y sus propias contradicciones internas abren la puerta a crisis inesperadas. Especialmente grave es el problema clásico de la imposibilidad de heredar el carisma. Y si alguien sustituye al líder hay siempre la tentación de que el nuevo soberano se deshaga en cuanto pueda de la pesada sombra de su tutor, como lo demuestra el caso de Ecuador. Puede darse el caso de una sucesión interna relativamente exitosa, aunque por accidente, gracias al golpismo del enemigo, como en Bolivia, o puede caerse en la dictadura por medio de un heredero designado, como en Venezuela. Puede haber semipopulismos casi sempiternos, como en Argentina. Puede haber líderes populistas derrotados electoralmente, como Trump. Pero hay otros que pueden quedarse en el poder por décadas, como apuntan a hacerlo Narendra Modi en la India o Recep Tayyip Erdogan en Turquía.

El escenario político en el que se desenvuelven los populismos contemporáneos es mucho más complejo de lo que la mayoría de los análisis han considerado hasta ahora. Introducir en el análisis a la sociedad civil y al espacio público ayuda a clarificar la naturaleza tendencialmente autoritaria del populismo y a localizar algunas de las líneas de fuga que pueden poner en crisis a este tipo de regímenes. Pero también a entender que el populismo como gobierno tiene hondas raíces en la sociedad civil misma, una capacidad de incorporar en forma subordinada a sectores populares, una tendencia a la monopolización del espacio público y una forma de ejercer el poder político que desarma los controles intraestatales al autoritarismo pleno.

Es por ello que la defensa de la democracia contra el populismo no puede concebirse como la mera reconstrucción del orden oligárquico previo, o como garantía selectiva de libertades políticas sin consideración de los derechos civiles, sociales y culturales de los ciudadanos. Una estrategia de democratización adecuada a los retos contemporáneos tiene que ser concebida de manera holística, en la que confluyen el desarrollo de una ciudadanía integral, la construcción de un estado de derecho —ante todo de un sistema de justicia eficaz—, el despliegue de mecanismos eficaces de redistribución del ingreso y la creación de condiciones para un cambio cultural que impulse la tolerancia, el reconocimiento de los otros y la solidaridad. Por tanto, una salida democrática del populismo implica una movilización social plural y el desarrollo de nuevas formas de mediación entre una sociedad heterogénea, una sociedad civil plural y un sistema político potencialmente abierto a nuevas formas de representación. Se dice fácil, pero la complejidad de estos procesos, su carácter de mediano y largo plazo y la necesidad de que las innovaciones democráticas necesarias se generalicen en el espacio político y social constituyen un reto formidable que hasta ahora carece de modelos y ejemplos relevantes. Estamos en una época de transición en la que se hace camino al andar sin mapas ni referencias.

REFERENCIAS

- Alvarez, S., Rubin, J., Thayer, M., Baiocchi, G. & Laó-Montes, A. (Eds.). (2017). *Beyond civil society. Activism, participation, and protest in Latin America*. Duke University Press.
- Arato, A. & Cohen, J. L. (2022). *Populism and civil society. The challenge to constitutional democracy*. Oxford University Press.
- Arato, A. (2016). *Post Sovereign Constitutional Making: Learning and legitimacy*. Oxford University Press.
- Arditi, B. (2010). *La política en los bordes del liberalismo. Diferencia, populismo, revolución, emancipación*. Gedisa.
- Carmagnani, M. (2004). *El otro Occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- Carrión, J. F. (2022). *A dynamic theory of populism in power. The Andes in comparative perspective*. Oxford University Press.
- Carrquiry, A. (2019). De la “esfera pública plebeya” a las esferas públicas en plural. *Encuentros Latinoamericanos (segunda época)*, 3(2), 72–97.
- Cohen, J. L. & Arato, A. (2000). *Sociedad civil y teoría política*. Fondo de Cultura Económica.
- Crouch, C. (2004). *Post-democracy*. Polity Press.
- Chaguaceda, A. (2020). *La otra hegemonía: Autoritarismo y resistencias en Nicaragua y Venezuela*. Hipermedia.
- Chatarjee, P. (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Siglo XXI Editores/CLACSO.
- Dagnino, E., Olvera, A. J. & Panfichi, A. (Eds.). (2006). *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. Fondo de Cultura Económica/Universidad Veracruzana.
- De la Torre, C. & Peruzzotti, E. (Eds.). (2008). *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*. FLACSO Ecuador.
- De la Torre, C. (Ed.) (2019). *Routledge handbook of global populism*. Routledge Publishers.
- De la Torre, C. (2022). The Complex Constructions of the People and the Leader in Populism. *Polity*, 54(3).
- Del Palacio, C. (2023). *Periodismo de frontera en América Latina: hilos conductores para afrontar las violencias en contextos de desigualdades múltiples*. Universidad de Guadalajara; CALAS/FLACSO.
- Diamond, L. (2002). Thinking about Hybrid Regimes. *Journal of Democracy*, 13(2), 21–35.
- Diamond, L. & Plattner, M. F. (Eds.). (2015). *Democracy in Decline?* Johns Hopkins University Press.
- Fraser, N. (1990). Rethinking the public sphere. A contribution to the critique of actually existing democracy. *Social Text* (25/26), 56–80.
- Furet, F. (1995). *El pasado de una ilusión*. Fondo de Cultura Económica.
- Gibson, E. L. (2013). *Boundary control. Subnational authoritarianism in federal democracies*. Cambridge University Press.
- Giraudy, A., Moncada, E. & Snyder, R. (Eds.). (2019). *Inside countries. Subnational research in comparative politics*. Cambridge University Press.
- Habermas, J. (1991). *The structural transformation of the public sphere: an inquiry into a category of bourgeoisie society*. MIT Press.
- Hopenhayn, M. & Sojo, S. (Comps.), (2011). *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas. América Latina en perspectiva global*. Siglo XXI Editores/Naciones Unidas.

- Iazzetta, O. (2007). *Democracias en busca de estado*. Ensayos sobre América Latina. Homo Sapiens Ediciones.
- Isunza, E. & Gurza, A. (Coords.). (2010). *La innovación democrática en América Latina. Tramas y nudos de la representación, la participación y el control social*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad Veracruzana
- Jobert, B. & Kholer-Koch, B. (Eds.). (2008). *Changing images of civil society. From protest to governance*. Routledge.
- Kalyvas, A. (2010). *Democracy and the politics of the extraordinary: Max Weber, Carl Schmitt, and Hanna Arendt*. Cambridge University Press.
- Kamruzzman, P. (Ed.). (2019). *Civil society in the global south*. Routledge.
- Keane, J. (2018). *Vida y muerte de la democracia*. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Lefort, C. (1986). *The political forms of modern society. Democracy, bureaucracy, totalitarianism* (J. B. Thompson, Ed.). MIT Press.
- Levitsky, S. & Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Ariel.
- Mainwaring, S., O'Donnell, G. & Valenzuela, S. (Eds.). (1992). *Issues on Democratic Consolidation. The New South American Perspective*. University of Notre Dame University Press.
- Mainwaring, S. & Pérez-Liñán, A. (2013). *Democracies and dictatorships in Latin America. Emergence, survival and fall*. Cambridge University Press.
- Mair, P. (2013). *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*. Alianza Editorial.
- Manin, B. (1998). *Los principios del gobierno representativo*. Alianza Editorial.
- Milanovich, B. (2017). *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización*. Fondo de Cultura Económica.
- Moffit, B. (2016). *The global rise of populism: Performance, political style, and representation*. Stanford University Press.
- Mudde, C. & Rovira Kaltwasser, C. (2017). *Populism: a very short introduction*. Cambridge University Press.
- Müller, J. (2017). *¿Qué es el populismo?* Grano de Sal.
- Murakami, Y. & Peruzzotti, E. (Coords.). (2021). *América Latina en la encrucijada: coyunturas cíclicas y cambios políticos*. Universidad Veracruzana.
- O'Donnell, G., Vargas-Cullel, J. & Iazzetta, O. (Eds.). (2004). *The Quality of Democracy: Theory and Applications*. Hellen Kellogg Institute for International Studies/University of Notre Dame Press.
- O'Donnell, G. (2010). *Democracia, agencia y estado*. Prometeo Libros.
- Olvera, A. J. (1999). Apuntes sobre la esfera pública como concepto sociológico. *Metapolítica*, 3(9).
- Olvera, A. J. (2008). *Ciudadanía y democracia*. Instituto Federal Electoral, Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática 27.
- Olvera, A. J. (2019). Crisis de régimen, autoritarismo subnacional y reforma penal en México. *Perfiles Latinoamericanos*, 27(53).
- Olvera, A. J. (2020). Crisis de la democracia y la ciudadanía en América Latina. En C. Domínguez & A. Monsiváis (Coords.), *Democracias en vilo. La incertidumbre política en América Latina*. Instituto Mora.

- Olvera, A. J. (2022). Populismo, polarización, delegación y desinstitucionalización en el gobierno de López Obrador. En A. Sermeño, A. Aragón & C. Delgado (Eds.), *Populismo y declive democrático: síntomas de un cambio de época* (pp. 271-294). UNAM/Gedisa.
- Peruzzotti, E. (2022). Contrasting modern and contemporary populist regimes: from democratization to democratic hybridization. *Populism*, 5(2), 1-16.
- Piketty, T. (2013). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Económica.
- Rosanvallon, P. (2008). *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*. Manantial.
- Rosanvallon, P. (2011). *La sociedad de iguales*. Manantial.
- Rosanvallon, P. (2015). *El buen gobierno*. Manantial.
- Rosanvallon, P. (2020). *El siglo del populismo*. Galaxia Gutenberg.
- Rovira Kaltwasser, C., Taggart, P., Ochoa Espejo, P. & Ostiguy, P. (Eds.). (2017). *The Oxford Handbook of Populism*. Oxford University Press.
- Santos, B. de S., & Avritzer, L. (2002). Para ampliar el c  none democrático. En B. de S. Santos (org.), *Democratizar a Democracia. Os caminhos da democracia participativa*. Civiliza  o Brasileira.
- Schuliaquer, I. & Vommaro, G. (2020). Introducción: La polarización política, los medios y las redes. Coordinadas de una agenda en construcción. *Revista SAAP*, 14(2), 235-247.
- Skocpol, T. & Tervo, C. (2020). *Upending American politics*. Oxford University Press.
- Svampa, M. (2008). *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Siglo XXI Editores/CLACSO.
- Torrico, M. (Coord.). (2021). *Giro a la derecha. Un nuevo ciclo en América Latina*. FLACSO México
- Urbinati, N. (2019). *Me the people. How populism transforms democracy*. Harvard University Press.
- Welp, Y. (2022). *The will of the people. Populism and citizen participation in Latin America*. Walter de Gruyter.
- Weyland, K. (2019). Populism and authoritarianism. En C. de la Torre (Ed.). *Routledge Handbook of Global Populism*. Routledge.
- Whitehead, L. (2011). *Democratización. Teoría y experiencia*. Fondo de Cultura Económica.
- Zarembek, G. & Welp, Y. (2020). Beyond utopian and dystopian approaches to democratic innovation. *Recerca, revista de pensament i an  lisi* (25), 71-94.